

TIEMPO DE MEMORIA

Peter Neumann

LA REPÚBLICA DE LOS ESPÍRITUS LIBRES

Jena, 1800



TUSQUETS
EDITORES

PETER NEUMANN
LA REPÚBLICA DE LOS ESPÍRITUS LIBRES
Jena, 1800

Traducción del alemán de Raúl Gabás

Título original: *Jena 1800. Die Republik der freien Geister*

1.ª edición: octubre de 2021

© 2018 by Peter Neumann

© 2018 by Siedler Verlag, Múnich

Publicado por acuerdo con Michael Gaeb Literary Agency, Berlín

© de la traducción: Raúl Gabás Pallás, 2021

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-016-4

Depósito legal: B. 12.541-2021

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Al día siguiente	9
Primera parte: La revolución inacabada	
En el ojo del huracán: Una filosofía se extiende por el continente	13
El riesgo de la libertad: La señora Böhmer ensaya la rebelión	22
Afectuosamente, su mundo exterior: Fichte, Schelling y el yo	32
Gran teatro: Tiempo de prueba	40
Pausa artística en Dresde: En los brazos de la Virgen	47
Segunda parte: El año regalado	
El más bello caos: <i>Lucinde</i> o la audacia del amor	57
El sujeto presumido: Fichte ante la ley	64
Espíritus serviciales: Ida y vuelta a la Luna	76
Abatir o ser abatido: Diabluras literarias	86
El anciano de la montaña: En el paraíso con Goethe	93
<i>Intermezzo</i> : El siglo demorado	99
La historia se hace: Schiller y la tormenta en la Salana	102
Enfado con los evangelistas: Novalis y la religión del futuro	108
Soberanos sin reino: La familia de los magníficos desterrados	114

Tercera parte: El infatigable espíritu del mundo	
Hortelanos y sabios: Especulaciones sobre el abismo . .	123
Tiempos pesados como el plomo: Schelling ante la de- cisión.	133
Hegel y los cascanueces: La filosofía no es pienso para estudiantes.	140
Kant en quince minutos: Germaine de Staël hace una petición	152
Buscar tierra virgen: En la mina de la poesía.	163
La víspera	173
El curso de sus vidas: Qué fue de ellos	181
Apéndices	
Cronología	191
Bibliografía.	195
Notas	199
Índice onomástico	209
Créditos de las ilustraciones	213

Al día siguiente

La tierra tiembla. En las casas tintinean los cristales de las ventanas. El cañoneo, sordo pero claro, retumba por todas partes. El ataque procede del sur. A un sonido más fuerte le sigue otro más débil, y poco a poco el ruido se convierte en un estruendo, como si hubiera baterías enteras disparando unas contra otras. Ya han conquistado los puestos avanzados de Prusia junto a Maua y Winzerla, y el resto de las fuerzas se han retirado hacia el norte.

La población se ha acostado vestida y escucha desde la cama. En la ciudad reina un silencio sepulcral. De un momento a otro se oirá una alarma de fuego, y entonces las campanas volverán a repiquetear. Los vecinos permanecen en sus casas, asomándose de cuando en cuando. Todos prestan atención, atemorizados por los acontecimientos inminentes.

Pronto resonarán los disparos de las patrullas francesas por las estrechas callejuelas. Se abrirá ante los ciudadanos un mundo completamente nuevo. Se producirán escenas que nunca se habían considerado posibles. Al alba del 13 de octubre de 1806, la soldadesca vaga hambrienta, iluminando con antorchas unas calles donde hasta hace poco se impartían lecciones de lógica y metafísica, donde los estudiantes conversaban sobre las ventajas de uno u otro sistema, sobre literatura y arte, sobre filosofía de la naturaleza y de la historia. Solo se libran de los pillajes y atracos quienes conservan la calma, o quienes hablan algo de francés y no se muestran hostiles. Hay saqueos y tumultos en todas las callejuelas. A las diez, la mayoría de las viviendas ya han sufrido robos. Los asaltantes buscan dinero,

relojes de oro, cuberterías de plata. Y también les interesa el vino, que en aquella región abunda. *Ouvrez la porte!* Se derriba sin demora la puerta del que no acata voluntariamente. ¡Cuidado con dejar abiertas las contraventanas! Si es necesario los soldados romperán también los cristales para poder entrar, no se arredrarán ante nada. En un instante colocan la escalera y ya están dentro.

En el transcurso de la mañana, las primeras tropas regulares, al son de las marchas, entrarán por el sur atravesando la Puerta Nueva e impondrán el orden; los generales y oficiales aparecerán engalanados con sus altos penachos, vistosos y elegantes. La calma regresará a las calles una vez que los traperos domésticos, la canalla y los expertos en martingalas hayan arramblado con lo que han dejado los franceses. ¡Qué tranquilidad tan engañosa! Pues ¿quién sabe entonces lo que sucederá durante el tiempo en que todos temen por sus bienes y su vida? Son horas de inseguridad y miedo, en las que la historia universal y el espíritu del mundo chocan entre sí. La guerra está en el aire. Y habrá guerra. Aquí, en Jena, va a decidirse todo.

Primera parte
La revolución inacabada

En el ojo del huracán Una filosofía se extiende por el continente

Ha llegado la noche a la Leutragasse 5. Por lo general, durante el día cada uno trabaja o escribe en su habitación. A una hora avanzada, el grupo se congrega en el salón en torno a un pequeño sofá, al lado de la estufa: Fritz y Wilhelm, Caroline y Dorothea, Schelling, Novalis y Tieck. Se sirven té, queso y arenque en conserva, patatas y lo que ha quedado a mediodía. Schelling no deja de tomar pepinillos en vinagre. Apenas les quedan ahorros, y los textos no les reportan mucho dinero, pero eso carece de importancia. Cenar, filosofan y estudian italiano. Conversan sobre la *Divina comedia*; Fritz es un maestro en la cuestión. Cuando diserta sobre Dante, sus ojos brillan y se alisan sus armoniosos rasgos faciales, aunque desde que está atascado en la segunda parte de *Lucinde* aparecen arrugados bajo el peso del trabajo. Cuando recita, se olvida casi hasta de comer.

La primera parte de *Lucinde* apareció medio año atrás, en las vacaciones de Pascua, y, mientras la obra espera su continuación, Schelling compone un gran poema sobre la naturaleza,¹ que tiene que ser el poema de los poemas sin contener nada especial, por lo menos nada especial que aparezca como tal: ha de ser un poema didáctico absoluto, una epopeya especulativa, cuyo único contenido sea la forma incondicional. Está entregado por completo a este trabajo en solitario. Pero estamos en Jena y, naturalmente, la ciudad es demasiado pequeña para que uno pueda pasar inadvertido. En la mesa todo el mundo sabe en qué se ocupa Schelling.

Acaba de aparecer su *Primer esbozo de un sistema de filosofía de la naturaleza* y la obra ya está en boca de todos. Las revistas

literarias le dedican duros ataques, pero en Jena los estudiantes se ponen a sus pies. Schelling causa extrañeza, se presenta de manera misteriosa, incluso entre sus amigos pasa por ser un libro cerrado con siete sellos. Quien lo contemplara al mediodía, profundamente inclinado sobre la mesa tomando cucharadas de sopa, podría pensar que está ante un mariscal de campo, quizás ante un general francés, pero no ante un gran filósofo. Schelling no quiere encajar por entero ni en la cátedra ni en el mundo literario; es auténtico granito.²

Solo una persona es receptiva a esta peculiaridad: Caroline. Ella le dedica mucho tiempo a él, lo mismo que él a ella, a pesar de que la mujer es doce años mayor. Hace poco que, en secreto y para la estupefacción de Caroline, él le escondió una pluma negra en el sombrero. Una pluma negra significa encanto, magia, misterio... Schelling, ante la tertulia reunida, la corteja de manera tan descarada que Novalis, que contempla el espectáculo con el rabllo del ojo, ve emerger el escándalo y presiente cómo las negras nubes de tormenta se ciernen sobre ellos como un cuervo. No obstante, hay algo en Schelling que fascina a Caroline. Su melindrosa forma de ser o su originalidad. Nada más juntarse, aparecen los conflictos. Schelling es, sin comparación, lo más interesante que se le ha presentado desde Wilhelm.

En la ciudad y en la casa se sabe que Wilhelm y Caroline no tienen en mucho el sagrado sacramento del matrimonio. Conviven más bien como buenos amigos, no como quienes se han prometido recíprocamente fidelidad para siempre. Según parece, el matrimonio tiene validez solo sobre el papel y por un tiempo. A Caroline no le preocupan las habladurías de la gente. Que se desmadren las bocas en la ciudad. Ella ya está acostumbrada.

Caroline se presenta como la anfitriona soberana, deja que Schelling la seduzca y mira cómo Wilhelm, por su parte, flirtea con Dorothea. Y así están todos metidos en un enredo. Tieck, por lo menos, cree que es un escándalo. Pero nadie quiere soltar una palabra sobre este tema, tampoco él. Si el mundo exterior se desmorona cada día un poco más, por lo menos aquí, en este reducido círculo, hay que mantenerse unidos.

La Revolución ha quedado atrás. Napoleón Bonaparte le ha puesto fin. Con un sutil golpe de Estado se ha catapultado a la cumbre de la todavía joven república, y ahora, como primer cónsul, conduce desde París la historia del país. El Ancien Régime ha quedado atrás definitivamente. También el papa de Roma, Pío VI, ha fallecido. Ya desde febrero de 1798, después de que las tropas francesas conquistaran los Estados Pontificios, residía en la ciudadela de Valence, y allí ha muerto en prisión. Sin duda se ha producido una cesura. El poder del papado, que durante siglos cuidó de la estabilidad de Europa, está por los suelos. Nunca ha sido tan incierto el futuro, parece como si ya hubiera quedado atrás incluso antes de haber llegado. Son tiempos de desgarró.

También los señores territoriales se hallan en estado de alerta. Temen que el entusiasmo democrático se desborde, que de los estudiantes pase a la gente sencilla y a los artesanos, y luego a los agricultores, a los criados y a los jornaleros. En París un pueblo se ha dado la ley a sí mismo, se ha liberado de la clase que lo mantenía encadenado y ha llegado hasta el final, sin avergonzarse del cadalso.

El duque de Weimar vigila con atención qué lecciones imparte cada sabio, qué tendencias circulan y de todo eso qué cosas y de qué manera llegan al público. Desde Weimar se pone freno a la libertad de espíritu tan invocada en Jena. Se censura el más mínimo intento de familiarizarse con la Revolución. Este verano, a Fichte lo han expulsado de la universidad culpándolo de «ateísmo», lo cual es un mero pretexto. Desde el principio Fichte ha sido para el duque una espina en el ojo. Lo era ya cuando, estando ambos acampados ante la ocupada ciudad de Maguncia, el duque pidió consejo a Goethe sobre la invitación para impartir clases en Jena que iban a cursar a aquel heredero del trono de Kant y a la vez simpatizante de la Revolución.

Esos son algunos de los asuntos disputados que en noviembre de 1799 electrizaran al ducado de Sajonia-Weimar. Libertad, autonomía, es la consigna de estos días. Falta tan solo un

fundamento firme sobre el cual erigirla. La violencia descarnada no conduce a ese fin, tal como se ha demostrado en París. La Revolución ha devorado a sus hijos y ha fracasado. Pero ¿qué puede ser más libre que la libertad del pensamiento y del arte? Filosofía y literatura en lugar de activismo político y del tumulto revolucionario. El camino hacia la añorada libertad política pasa a través del ojo de la aguja de la reflexión filosófica y de la imaginación poética. Solo ellas pueden trazar un puente sobre los fosos, solo ellas pueden encauzar el camino hacia este tiempo nuevo, indeterminado por completo. Nadie puede detener el nuevo siglo, que se halla a las puertas. Mientras en París declaran el final de la Revolución, ahora comienza en Jena.

Noviembre de 1799. Jena es algo así como el centro de la cultura y de la vida intelectual de Alemania. Apenas alcanza los cinco mil habitantes y casi una quinta parte son estudiantes; es una ciudad mediana con universidad, industria y comercio en el ducado de Sajonia-Weimar, situada en un valle encajonado entre escarpadas laderas calcáreas. Se trata de un conjunto medieval que apenas sobrepasa el antiguo límite de la ciudad. En el norte se hallan las soleadas faldas de montañas, orladas por las ruinas del castillo, que en otoño se llenan de vino fuerte; y en las amplias praderas del sur, en verano los estudiantes corretean ansiosos por bañarse. Todo el mundo se conoce. El Leutra serpentea a lo largo de los jardines extramuros de la ciudad. Es un delgado hilo de plata que dos veces a la semana recoge las inmundicias diarias a través de las estrechas calles: el contenido de las bacinillas que todas las mañanas a primera hora se arroja por las ventanas; finalmente todo se vierte en el Saale.

Desde 1558 aquí se alza la Salana, fundada originariamente en sustitución de la Universidad de Wittenberg, perdida once años atrás, en la Guerra de Esmalcalda; se instaló en un edificio que fue en el pasado un convento de dominicos. Digamos que nos encontramos en un territorio provinciano de Alemania, con una enmarañada red de estudiantes, profesores y filisteos. Hay tres grandes calles, que se extienden de este a oeste: al

norte la Johannis, al sur los Kollegien y en el centro la Leutragasse. De vez en cuando se yerguen edificios impresionantes, muchos de los cuales son casas de profesores, en parte vivienda de académicos y en parte aulas, heredadas de generaciones anteriores. Pero en las callejuelas intermedias se extiende el moho. Mientras que la cercana ciudad de Weimar, la corte de las musas de la duquesa madre Ana Amalia, se ubica en una altiplanicie y ofrece espacio en todas las direcciones, aquí todo está apretado. La luz solar solo penetra en las plantas superiores. Hay hastiales inclinados hacia atrás, y otros que amenazan con caer hacia delante.

A diferencia de los docentes, los estudiantes tienen prohibido habitar fuera de los muros de la ciudad. Todo resulta tan estrecho y está tan comprimido que no queda sitio para respirar. No hay ningún remedio contra las sucias paredes, contra las chinches y los ratones que anidan en la paja de los jergones. Y, sin embargo, esta pequeña ciudad atrae a todos los que son alguien o esperan serlo alguna vez. Pronto se oye en toda Europa que aquí está la auténtica residencia del espíritu. La Academia de Platón se levanta ahora en el Saale.

Johann Gottlieb Fichte, un seguidor brillante de la nueva filosofía crítica, se encuentra allí desde 1794. Kant, desde Königsberg, ha provocado nada menos que un terremoto filosófico. La *Crítica de la razón pura*, aparecida en Riga en 1781, es la obra del momento. Su autor quiere aposentar la filosofía sobre un fundamento sólido. Según él, lo que nosotros conocemos de los objetos depende de las formas de nuestro entendimiento y de las formas de nuestra intuición, que son el espacio y el tiempo. Nada podemos saber acerca de cómo son las cosas en sí. El alcance de nuestro conocimiento es limitado.

La crítica kantiana de la razón sacude el mundo intelectual. Se acabaron todas las pruebas metafísicas de la existencia de Dios. La existencia de Dios no puede ni confirmarse ni refutarse. Sobre las preguntas últimas acerca del mundo, del alma, de Dios, de la libertad y de la inmortalidad, solo podemos decir con seguridad que el hombre, aunque las plantea sin cesar, no encontrará ninguna respuesta a ellas. Moses Mendelssohn, que

al principio de los años ochenta observa desde Berlín los acontecimientos, llama a Kant el «pulverizador de todo».

Sin embargo, al principio el libro se cubría de polvo en las estanterías. Tan solo a finales de la década de 1780³ empieza a recibir en Jena la atención que se merece: aquí se lee, se discute y se comenta; aquí comienza su marcha victoriosa sobre el continente, coincidiendo en el tiempo con la gran revolución que se desarrolla en París, a una distancia de algunos cientos de kilómetros.

El pensamiento crítico se extiende como una onda expansiva a través del continente europeo y precipita al espíritu a una crisis de la que solo él mismo puede liberarse. La máxima de Kant es: «*Sapere aude!* Ten el valor de servirte de tu *propia* razón». Ningún hombre instruido puede obviar ese principio. No hay ninguna isla de verdades eternas, ni tampoco hay ya una ciencia inocente al cobijo de venerables universidades. En París la revolución política, la real, derrumba lo que aquí la revolución filosófica, la ideal, saca de quicio violentamente. Los antiguos sistemas de persuasión ya no tienen validez. Kant es el tiempo nuevo y Fichte es su Mesías.

Desde que Fichte está en Jena, afluyen estudiantes procedentes de todos los rincones del continente: Noruega, Suecia, Suiza, Hungría, Grecia y también Francia. Los que vienen de esta nación o bien han huido del país de la revolución, o bien quieren difundirla, y encuentran en Fichte precisamente al teórico de la autodeterminación política. El hombre no reconoce a ningún otro señor por encima de él, ninguna otra ley más que la impuesta a sí mismo como ser racional.

Con su libro sobre la religión, Fichte se hizo famoso de la noche a la mañana. Los lectores creyeron que aquella obra era la esperada cuarta crítica de Kant. Según este, hay cuatro preguntas que marcan el campo de la filosofía: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar?, ¿qué es el hombre? Y en el fondo, para Kant, las tres primeras preguntas se reducen a una, la última. Con sus tres grandes críticas había delimitado el campo de lo que puede realizar la filosofía y, entre otros asuntos, había abordado la teoría del conocimien-

to, de la moral y de la estética. Para erigir la filosofía sobre un fundamento seguro, había mostrado las posibilidades y los límites del conocimiento humano, había desarrollado la ética desde los principios de la razón pura y explicado cómo puede haber libertad para el hombre, para un hombre que es a la vez un ser sensible y espiritual, aunque el mundo haya de pensarse como dominado exclusivamente por la necesidad y las leyes naturales. Pero Kant se había descuidado hasta el momento de tomar posición en cuestiones de religión y de lo que se puede esperar.

Parecía que el *Ensayo de una crítica de toda revelación*, publicado anónimamente, había de ser el cierre de la empresa crítica. La sospecha no era desacertada, pues Fichte cree pensar por completo en la línea kantiana. La veneración tributada a Kant es tan grande que Fichte y su esposa Johanna apenas dudan de bautizar a su hijo, cuando llega el momento, con el nombre de Immanuel, de Immanuel Hermann, para ser exactos. Es más, Fichte sostenía firmemente que el pequeño Immanuel era el fiel retrato del Magnífico. Al final, Fichte se desenmascaró como autor del *Ensayo...*, y Goethe lo llamó a la universidad.

También a Schiller se lo ve andar con buen paso por las calles, ataviado con frac azul, pañuelo rojo en el cuello, pantalones amarillos y medias oscuras.⁴ Eso siempre y cuando la salud del consejero áulico se lo permite y no lo imposibilita un nuevo empujón de su enfermedad, pues las convulsiones y los espasmos le impiden a veces salir de casa y lo mantienen atado a la cama. Han quedado atrás los tiempos en que Schiller debía abrirse paso entre la multitud y la ciudad entera se alborotaba cuando el poeta hacía su aparición.

Schiller sigue sin superar, en realidad, la crisis nerviosa que tuvo lugar hace casi ocho años.⁵ Pero el trabajo no ha disminuido desde entonces. De hecho, acaba de terminar una trilogía, un drama colosal sobre la Guerra de los Treinta Años: *Wallenstein*. Cuando Goethe está de visita en Jena, se arrima siempre a él. Schiller ha hecho ampliar la entrada a la casita en la que pasa los meses de verano, con frecuencia hasta octubre e incluso hasta entrado noviembre, y el motivo de las obras ha

sido el coche del príncipe de los poetas, la «casita del coche», tal como se expresaba Goethe con cariño. El consejero privado y el consejero áulico incuban en común materias de filosofía y de poesía, investigación de la naturaleza y la política. También planean un traslado, que el duque apoya: Schiller querría estar en Weimar, más cerca del teatro y del amigo.

Schiller había llegado a Jena mucho antes que Fichte. Pocas semanas antes del asalto a la Bastilla impartió su lección inaugural dos tardes sucesivas en la casa donde ahora vive con su mujer Charlotte, Lolo, y sus hijos. El local, el auditorio Griesbach, que con sus cuatrocientas plazas era el mayor de la ciudad, estaba lleno a reventar.

También Schiller estudió a Kant, especialmente su *Crítica del juicio*, que apareció en 1790. El libre juego de facultades que describe Kant se ha convertido para Schiller en el centro de su idea de una educación estética del hombre. Este reflexiona sobre cómo la imaginación y el entendimiento entran en una acción recíproca en la intuición estética, y sobre cómo el concepto tiene que elaborar la intuición para poder captarla. Según Schiller, el arte libera al hombre del dominio del mero concepto, rompe las cadenas de la necesidad ciega. Solo allí donde el hombre juega es libre por completo.

Kant está omnipresente en Jena. El kantismo se convierte en una auténtica moda. Los compañeros de estudios lanzan conceptos que no entienden, construyen sistemas mientras tintinean como aprendices con la espada, elucubran construcciones audaces, sin saber que estas se desmoronarán ante el más mínimo soplo de la crítica. Son engendros de la cabeza, frases especulativas que giran en torno a sí mismas con tanta pesadez como la rueda de un molino. Lo importante es estar metido en lo que se lleva. Estudiantes de todas las facultades corretean en torno a los filósofos. ¿A quién le preocupa una profesión para ganarse el pan cuando es posible elevarse a la estratosfera del espíritu con Kant, Fichte y Schiller?

Y ahora, en el último año, han llamado a un nuevo profesor: Schelling. Este llevará adelante el pensamiento crítico de manera todavía más radical que sus predecesores. Su credo

reza: la filosofía no ha alcanzado el final ni de lejos. Considera fundamentalmente falso desterrar las preguntas últimas del terreno del pensamiento crítico. Los resultados están ahí, solo faltan las premisas.

Schelling se adelanta a su llamada. Antes de ocupar su puesto en Jena, mientras pasaba su último verano en Dresde con los dos hermanos Schlegel, Wilhelm y Fritz, con Caroline, Novalis y Fichte, estaba ya ascendiendo al trono como nuevo heredero de la filosofía crítica. Y, apenas llega a Jena, lo pone todo patas arriba.